

forma al ritmo, plana y lo más simple posible. Habiendo de ser colocado este óleo en un interior de poca luz, el pintor ha empleado por compensación los tonos claros y luminosos. Es por otra parte un estudio de armonía de colores cálidos y fríos; el fondo en un tono verde azulado y las figuras en rosa salmón y ocre, y es el color el que da los términos que no puede hacerlo el inexistente clarooscuro.

En «Regreso» (Castilla) se recoge el efecto de un atardecer de la meseta castellana en que predomina la luz morada junto a otros finos colores de transición. El paisaje no es admirable en sí, pero indudablemente tiene su encanto, acaso el que le brinda la misma soledad.

«Paisaje gris» es otro óleo simple de color, dominando el grupo de grises y negros; paisaje invernal, de un rincón de la Casa de Campo, de Madrid, pintado con algo de inventiva del artista.

Beulas es un pintor de nuestro Pirineo; ésta y otras exposiciones anteriores lo demuestran. «El Mondarruego» y «Torla» son ejemplo. El pintor ha tratado, consiguiéndolo, de captar el ambiente puramente objetivo; es pintura al natural, sin concesiones a la imaginación. La realidad es tan bella, encierra tanto arte, que no hace falta desfigurarla.

En cuanto a la colección de acuarelas, son imaginadas, pero para esto el artista ha tenido que pintar mucho al natural. Como Beulas nos confirma, muchas veces el pintor tiene una idea, pero al llevarla a la práctica la sacrifica para adaptarse a lo que sugiere el agua coloreada que ha corrido libremente sobre el papel. Así se observa en estas acuarelas, como notas dominantes que las realzan, la espontaneidad y limpieza. Los colores escogidos con preferencia son los grises y sepias.

He aquí algo de lo que nos ha sugerido la vista de los cuadros expuestos esta vez por Beulas.—R. P.

Albero Juso y Albero Bajo.

Al escribir mi artículo *Lope Fortuñones de Albero durante el reinado de Ramiro II* (ARGENSOLA, III, 249), encontré dificultades en la identificación de Albero de Juso y de Suso; seguí, por el momento, la opinión común expuesta por García Ciprés en su *Anuario de la Diócesis Oscense*, p. 11, que los identifica respectivamente con Albero Alto y Albero Bajo. Recientemente he podido comprobar lo erróneo de esta opinión; Albero

Iuso es, conforme al significado natural de la palabra, Albero Bajo; véase en prueba los protocolos números 1.514 (f. 129 v.º) y 811 del A.H.P.H. y las noticias del portugués Labaña.

Lope Fortuñones fué, pues, señor de Albero Bajo. Este poblado, aunque de menor valor estratégico que el Alto, no carecía de importancia, pues se halla en una pequeña elevación del terreno, cercano al Flumen y junto al camino de Grañén. Su población era exclusivamente morisca; por eso, en el siglo xvi, recibe el nombre de Albero de los cristianos nuevos, en contraposición del otro Albero, denominado de los cristianos viejos.

En 1450 era alcaide del castillo por el Vizconde (seguramente el vizconde de Evol), señor del lugar, el noble don Blasco de Azlor (A. H. P. H., 250, 107). Durante los siglos xvi y xvii pertenecía el señorío a la familia de los Castros, Só y Pinós, vizcondes de Evol, Illa y Canete, más tarde, condes de Guimerá, mientras en Albero Alto dominaban los Torrellas y los Francia y Espés.

A juzgar por las ruinas del castillo, éste no tenía el carácter imponente y majestuoso de otras fortalezas; se explica así la facilidad con que fué tomado varias veces durante las luchas nobiliarias del siglo xiii. La fortaleza no tendría más misión que la defensa del poblado en caso de sublevación de la población morisca, que vivía dedicada al cultivo de la agricultura y al cuidado de abundante ganado.—*Federico Balaguer.*

Un recuerdo para el profesor Gaya Nuño.

Al finalizar el año 1951, en estas mismas páginas dábamos la bienvenida a «Celtiberia», revista afín a la nuestra, órgano del Centro de Estudios Sorianos, similar a nuestro Instituto de Estudios Oscenses. Al comentar la aparición de «Celtiberia» garantizábamos el brillante éxito de esta revista basado en la eficiencia de sus colaboradores y en su consejo de redacción pleno de valores positivos.

Hoy con dolor profundo damos cuenta de la pérdida irreparable de Benito Gaya Nuño, figura destacada e insustituible de ese consejo de redacción y figura asimismo señera en el campo de la filología y la lingüística y muy especialmente en el de los estudios cretenses.

Catedrático de griego del Instituto de Soria, en pocos años logra un puesto preeminente entre los eruditos de su especialidad. Su tesis doctoral «Minoiká» obtiene el premio extraordinario y más tarde es